

GAMBIN, Felice, ed., Alonso de Freylas, *Si los melancólicos pueden saber lo que está por venir con la fuerza de su ingenio o soñando*, Palma de Mallorca, José J. de Olañeta Editor, 2023. ISBN: 978-84-7651-051-3. 198 págs.

Luis GÓMEZ CANSECO

Universidad de Huelva (España)

canseco@uhu.es



Abundando en un asunto sobre el que ha trabajado con resultados deslumbrantes —baste recordar su *Azabache. El debate sobre la melancolía en la España de los Siglos de Oro*, publicado por Biblioteca Nueva en 2008—, Felice Gambin, catedrático de la Università di Verona, vuelve a ocuparse de la melancolía, por más que se trate de un estado de ánimo antagónico a su nombre de pila. Y lo hace para ofrecernos la edición crítica de un texto breve, pero verdaderamente singular, *Si los melancólicos pueden saber lo que está por venir con la fuerza de su ingenio o soñando* de Alonso de Freylas. La editorial

mallorquina José J. de Olañeta lo presenta como número 203 de su colección *Centellas*, en un formato también breve en el tamaño, pero exquisitamente compuesto e impreso, como una seductora invitación a la lectura.

El texto original formaba parte de un libro impreso en Jaén por Fernando Díaz de Montoya el año de 1606 junto con dos tratados más, *Conocimiento, curación y preservación de la peste. Adonde se trata lo que han de hacer las ciudades y gobernadores de ellas, y cada particular vecino en su casa. Y el remedio con que se ha de preservar y curar el particular sujeto de cada uno, según su complexión, edad y naturaleza. Va añadido un tratado nuevo del arte de descontagiar las ropas de seda, telas de oro y plata, tapicerías, lienzos, y otras cosas contagiadas. Con un discurso al fin, si los melancólicos pueden saber lo que está por venir con la fuerza de su ingenio o soñando*. El volumen se decía «Compuesto por el doctor Alonso de Freylas, médico de cámara del ilustrísimo señor cardenal don Bernardo de Rojas y Sandoval, arzobispo de Toledo, etc.» y «Dirigido a la ciudad famosa de Jaén, su patria». En

efecto, Freylas, que hubo de nacer hacia 1558 en la ciudad andaluza, se formó fuera de ella, en Alcalá de Henares, bajo la tutela del entonces famoso Francisco de Vallés. Pasó luego a ejercer su profesión en Córdoba, para retornar a su patria en 1590, donde se asentó definitivamente al servicio del cabildo catedralicio.

No estamos, pues, ante un don nadie, sino ante un personaje de relevancia local, que alcanzó a servir a don Bernardo de Rojas antes de que este ocupase la sede arzobispal de Toledo y alcanzase a ser protector de Cervantes en sus últimos años. El reconocimiento de su labor médica se extendió más allá de la ciudad, gracias a su decisiva intervención durante la epidemia de peste que llegó a Jaén en la primavera de 1602, y que llevó a sus conciudadanos a solicitar al monarca la licencia para estampar la obra que aquí nos ocupa.

El primero de los tratados se divide en tres partes que corresponden a lo anunciado en el título: qué es la peste y cuáles son sus síntomas; qué métodos se usaron para afrontar su curación; y, por último, cómo puede prevenirse en las ciudades, pero también a título individual y atendiendo a la edad, temperamento y modo de vida de cada individuo. El segundo tratado se ocupa de la desinfección de los objetos apestados y que afectan a la transmisión de la enfermedad. Resulta curioso y llamativo que, a la hora de tratar de la prevención, Freylas tuviera muy en cuenta la teoría hipocrático-galénica de los humores, considerando que las medidas terapéuticas habría de ajustarse a la condición sanguínea, colérica, flemática o melancólico de la persona, según dominara en su naturaleza la sangre, la flema, la bilis amarilla o la bilis negra. Esta atención a los humores es la que enlaza el conjunto del libro con el discurso final, que analiza la capacidad profética que se atribuía a los melancólicos. Hay que subrayar, no obstante, que este discurso que aquí nos ocupa se añadió al final, tras el colofón que cierra la tabla: «Impresso en Iauen, en casa del Autor, por Fernando Diaz de Montoya. Año. 1505». No solo eso, ya que se usó una tipografía y una composición muy distintas y se estampó con signaturas de pliego independientes al resto del libro.

Como se estudia en las páginas introductorias, no era esta de las dotes adivinatorias de los melancólicos una cuestión ajena a la medicina, la filosofía y la teología de la época. Con tino y sabia erudición, el profesor Gambin recorre las diversas opiniones que se habían formulado al respecto: Platón en el *Teeteto* y en *Fedro*, Aristóteles en los *Problemata* XXX, 1, Cicerón en *De divinatione* y, más acá, Marsilio Ficino en *De vita*, Pedro Ciruelo en la *Reprobación de las supersticiones y hechizarias* (1538), Alonso de Santa Cruz en *Dignotio et cura affectuum melancholicorum* (1569), Antonio de Torquemada en su *Jardín de flores curiosas* (1570),

Andrés Velásquez en el *Libro de la melancolía* (1585), su maestro Francisco Vallés en *De iis quae scripta sunt physice in libris sacris, sive de sacra philosophia* (1587), Juan Horozco y Covarrubias en el *Tratado de verdadera y falsa profecía* (1588), el padre Juan de Pineda en los *Diálogos familiares de la agricultura cristiana* (1589), el también médico Pedro García Carrero en sus *Disputationes medicae super libros Galeni de Locis Affectis* (1605) y, claro está, Juan Huarte de San Juan en su ineludible *Examen de ingenios para las ciencias*. En este último caso, el editor subraya acertadamente el hecho de que la obra de Huarte se imprimiera por primera vez en la villa jienense de Baeza por Juan Baptista de Montoya en 1575, mientras que nuestro libro lo estampó el hijo de este, también en la provincia de Jaén, aunque varios años después. Quiere ello decir que el vínculo entre ambos tratados resulta firme y directo, por más que las cuatro décadas que van de un libro a otro implicaran grandes cambios en los márgenes de opinión a este respecto. No en vano el propio Huarte hubo de sacar una nueva edición revisada en 1594, tras haber visto su obra en las páginas del *Index Librorum Expurgatorum* de 1584.

El discurso se propone determinar si por su propia naturaleza los melancólicos pueden saber y adelantar los acontecimientos futuros, pero, como se apunta en el estudio introductorio, se trata de una melancolía positiva: «La cuestión no tiene que ver, por tanto, con la turbia y tenebrosa melancolía que ofusca el ingenio, esa que delinea una sociabilidad desviada, sino con aquella otra que hace a los hombres ingeniosos, singulares y excelentes en la administración de justicia, en gobernar las repúblicas de forma prudente, con avisado juicio y firmeza» (págs. 42-53). De ahí que este hipotético conocimiento se sumara a otras facultades que solían atribuirse a los melancólicos, como el manejo de lenguas que nunca habían llegado a estudiar.

Al cabo, se trataba de terrenos resbaladizos, pues andan de por medio cuestiones peliagudas para la teología, como eran las de la providencia divina o la adivinación. Por eso, Freylas establece que solo hay tres modos de adivinación: la falsa, la divina y la natural, poniendo en cuestión esta última, si no media la intervención divina o diabólica. Lo que sí considera, sin embargo, es que el espíritu melancólico era un cauce propicio del que a veces se servía el diablo para introducir una falsa profecía y otras el mismo Dios para trasladar mensajes verdaderos, pues la divinidad tendría en cuenta esa condición natural a la hora de otorgar a un individuo el don sagrado de la profecía. Sin embargo, el médico jienense nunca llega a declararse por completo. No en vano también era familiar del Santo Oficio y había

de andar con pies de plomo. Por eso mismo, casi nunca afirma o niega categóricamente. Prefiere ofrecer argumentos tenues y elusivos, en los que quepan lecturas diversas, dejando el juicio final al lector.

Con este mínimo y precioso volumen, el profesor Gambin retoma un texto del que ya había hecho traducción al italiano con el título *I malinconici e la divinazione* (Firenze, SEID Editori, 2012). Completa ahora su tarea, con esta plucra edición crítica, perfectamente construida y anotada, que permite profundizar en el conocimiento de un mal —o de un bien, a saber— como la melancolía, que afectó y afecta por igual a las gentes del Renacimiento y a las del siglo XXI.